

El incidente Favorit

La Roland Favorit fué una máquina de offset de formato 50 x 70 cm muy popular en los años 70 y 80. En sus varias versiones de uno o dos colores, marcaba las diferencias entre las imprentas comerciales, y las litografías que imprimían catálogos de calidad. Ahora las máquinas imprimen cuatro, cinco y hasta siete colores, pero cuando imprimías color a color, la anticipación del resultado final requería de una maestría hoy ya perdida. Saber anticipar el resultado final a través de solo un color, necesitaba de oficio, tanto en trabajo de la fotomecánica, como en la de la máquina. Pero no es este un artículo técnico sobre la impresión offset y sus dificultades. Hasta ahora, muchos de nuestros temas han versado sobre grandes obras y grandes hechos. Los avances técnicos importantes pueden verse en nuestro museo. Pero esta industria también la formaron personas con historias corrientes. Como el título de la película, “Gente corriente”.

Con aquella gente corriente se desarrolla esta anécdota que después de 40 años, me sigue despertando la nostalgia. La primera delegación del grupo Neufville, se inauguró a mitad de los años 60 en la calle de Cirilo Amorós, cuando en esa céntrica zona de Valencia, se asentaban establecimientos industriales. Donde hoy proliferan las tiendas de decoración de lujo, se asentaban comercios industriales, ultramarinos o concesionarios de coches. El empuje de los nuevos comercios, y una sustanciosa oferta del dueño del local donde estaba la delegación, nos trasladó a Ruzafa, a un pequeño bajo de la calle Puerto Rico. Allí se asentaban tres empresas, La Fundición Tipográfica Neufville, Comercial Neufville, agente de la empresa Man-Roland y la firma Tipolit de tintas. Todas compartían un pequeño local de no más de 100 m², donde cada empresa tenía un despacho y un pequeño almacén. Además, me compartían a mí como aprendiz al 33%. El 1% restante nunca supe quien lo pagaba.

El edificio debería ser de principios del siglo XX, inapropiado para el uso al que se destinó, e ideal para su uso actual, que es el de una cervecería coqueta. Coqueta como la Ruzafa de hoy. Casi todos los bajos comerciales de esos años, los 70 y los 80, hoy ya son bares modernos



o restaurantes de pretendido diseño alternativo. Las industrias se fueron desplazando a los polígonos.

En mis primeros años de aprendizaje, no pasé de hacer paquetes o repartir tinta, por lo que cuando sorpresivamente se me encomendó, con solo 17 años, representar a uno de mis empleadores en el embargo de una máquina impagada de un cliente, mi inocencia no me dejó ver, que iba más como parapeto, que como representante institucional en una misión de relevancia.

La tarea se presentó de forma sorpresiva, ya que la empresa de crédito, que era la que embargaba la máquina consiguió sacarla del local donde estaba, sin mucho tiempo de aviso. Aproximadamente un par de horas antes del hecho. Probablemente alguien debía de saberlo hacía tiempo, pero no lo tuvo en cuenta, por motivos desconocidos por mí. Dado mi interés por progresar y un desmedido afán de protagonismo, uno de mis jefes me sedujo con el mandato de ves tú si acaso, que yo estoy muy liado. Me lo dijo mientras ojeaba las páginas de la revista LIB que justificó en un concienzudo estudio de la calidad de impresión en la edición de revistas. Convencido, marché a cumplir el deber encomendado por mi superior.

En un descuido más en la preparación del acto judicial, o a lo mejor llevado por la nula fe en que el embargo se efectuara, nadie pensó en donde llevar la máquina, que pesaba 3000 kg. una vez fuera del local del cliente. Solo recordar al lector, que los teléfonos móviles no aparecieron hasta unos veintitantos años después,

con lo que la comunicación con mi superior era inexistente. No me tomé a mal la pregunta de “ y este ¿quién es?” referida a mi humilde persona por parte de alguno de los abogados presentes y del policía representante de la autoridad. De hecho, con mi mejor voz me presenté como empleado cualificado de la empresa embargante. Me preguntaron por mi jefe, sospechando de mi adolescente aspecto, pero yo excusé su presencia, obviando que estaría leyendo a esas horas, la página central del LIB, y lo situé en una venta de calado en una gran empresa del sector.

Entre discusiones legales, se hizo de noche, y se suspendió el acto judicial hasta el día siguiente, gracias a los cual pude comentarle a mi jefe, que para cuando llegué, ya había empezado a estudiar el Interviú, que el abogado me había preguntado donde había que llevar la máquina. Se quedó pensando y dijo: “ a mi casa desde luego no”. Sin levantar la vista del poster central y mientras lo colocaba en posición vertical para ver mejor el registro, murmuró: “ pues que la traigan aquí “ Como habrán ya adivinado, no teníamos ni idea del peso de la máquina, ni de las medidas de esta, por lo que consultamos en un catálogo de Roland las cotas de la misma. Miró la puerta de la entrada, y después, el pequeño espacio dedicado a recepción, y dijo: “Por ahí cabe seguro”. Afirmación que no me convenció del todo, ya que no utilizamos elemento de medida alguno que la sustentara. Se fueron sumando al debate, el resto de mis jefes que compartían el despacho y a mí mismo, e iniciaron una discusión sobre la oportunidad de poner la máquina en ese lugar, básicamente por ser todo el lugar disponible. Pero ante las horas y la premura de tiempo, se decidió aprobar el depósito de la Roland, eso sí, de forma provisional.

El encargado del traslado que se efectuó a la mañana siguiente temprano, fue uno de los personajes de nuestro sector que recuerdo con más cariño. Daktari, del que nunca supe su verdadero nombre, se encargaba de transportes de maquinaria de artes gráficas, y supongo que de otro tipo. El sobrenombre de Daktari, le vino de una serie de televisión muy famosa en aquella época, donde el protagonista era un león bizco, El cuidador del león tenía una camioneta con un remolque, con lo que Daktari acabó siendo Daktari.

Por aquellos años, en Ruzafa se podía aparcar, por lo que dejamos dos coches frente a la puerta del local, para favorecer las maniobras de Daktari al entrar la máquina. El local tenía una puerta de entrada doble y una ventana con reja a un lado. Dificultaba la operación una



cabina de teléfonos, que ocupaba parte del camino, pero eso no debía suponer un problema en manos expertas.

A las 10 de la mañana, nuestra oficina estaba repleta de su personal habitual. Los comerciales haciendo su trabajo y sus llamadas. Daktari se presentó puntual y comenzó las tareas de descarga. Equipado con su cabrestante, sus poleas y sus rodillos para deslizar la máquina, una vez sobre la acera, se comenzó la operación de entrada. Sujetó la polea a uno de los pilares del interior del local y desde allí dirigía la operación. Poco a poco la Roland se encaró con la puerta y pudimos comprobar que afortunadamente entraba. Con un par de centímetros por cada lado de margen, superó el poyete de la puerta y luego se dejó vencer suavemente hacia el interior una vez ya media máquina estaba dentro.

Ante la sorpresa de todos, que mirábamos la operación con interés, la máquina comenzó a hundirse en el suelo, primero lentamente y luego tras un golpe seco, se rompió el pavimento y con cierta fortuna se encalló en la parte superior de la puerta. Todos quedamos en silencio, hasta que Daktari preguntó: “¿Debajo que hay?”. Nos miramos todos y alguien dijo “Ni idea”. El suelo era un linóleo pegado, por lo que fue fácil levantarlo y ver que el suelo había cedido y que lo que se veía debajo, era una acequia, o desagüe o algo con agua. Daktari tomó rápidamente la iniciativa y dijo que había que sacarla de nuevo a la calle. Desafortunadamente, excepto su hijo

que lo acompañaba, todos estábamos dentro, incluido él. También todas las herramientas. Poleas, cabrestantes y lo necesario había quedado dentro, y por la reja de la ventana no cabían, por lo que empezaron las recriminaciones y disensiones en nuestro equipo.

La situación era complicada, sobre todo porque en un error de cálculo o previsión, todos estábamos en la parte interior, y en la exterior solo había otro muchacho de mí misma edad, con los ojos muy abiertos y que no salió corriendo porque su padre lo amenazaba desde el interior con toda suerte de castigos. Debía de ser día de mercado, porque a esas horas, varias personas se arremolinaban alrededor del incidente. Todo ello hizo que el desconcierto fuera apoderándose paulatinamente de tan experimentados profesionales.

Como el tiempo corría, se añadió otro problema. Era la hora del almuerzo, y eso era sagrado, por lo que, en un alarde de ingenio, mis jefes llamaron al bar Garaje, nuestro bar de referencia, para encargar unos bocadillos y unas cervezas, con el irreprochable argumento, de que con hambre no se puede pensar en nada. El bar Garaje, acudió al rescate, y nos dispensó el sustento necesario para trazar un plan. Salvando que a uno de los bocadillos le faltaba el aliño de un poco de ajoaceite, la operación Garaje fue satisfactoria y provocó comentarios elogiosos hacia el servicio. Si bien, un conato de desacuerdo sobre el picadillo de ajo y perejil amenazó con enturbiar los ánimos, la magnitud de la tarea pendiente nos obligó a un acuerdo sobre la salsa Mery. Obviamente, la única persona capacitada para dar una solución era Daktari, que una vez almorzado recobró el perdido ánimo y reanudó la operación. Yo por si acaso, llamé a mi madre, para avisarla de que probablemente no iría a casa a comer, y si le era posible, que me trajera algo. La empecé en la ventana de la reja que, para entonces a modo de confesionario, era nuestra vía de comunicación con el exterior.

Entraron por esa ventana varios de los rodillos de hierro del exterior, para hacer palanca y desencallar la máquina. No era tarea fácil, ya que se hizo la hora de comer, y aquello no marchaba. Mi madre me trajo la comida y el bar Garaje volvió a traer bocadillos para comer. Esta vez sin salsa. No era el personal de la empresa, gente de fuerza. Ya se sabe que los departamentos comerciales se distinguen por su verbo y no por su músculo, así que no fueron de gran ayuda para Daktari. En vista de que aquello no parecía mejorar, se avisó a los refuerzos que proporcionó un amigo suyo. El Pernales, mandó a una de sus grúas en nuestra ayuda. Con

la grúa de El Pernales, acudió la policía local, lo cual añadió un poco más de dramatismo a la situación. En ese momento, había ya cierta confusión en las órdenes y en el mando, por lo que los avisos y advertencias de Daktari no fueron tenidos en cuenta. Pernales o su empleado, sujetaron a la máquina una braga, y a estirones enderezaron la máquina sacándola de nuevo hacia la calle. Daktari salió raudo por el primer resquicio que dejó la Roland, pero no llegó a tiempo. Sin los rodillos de hierro, la máquina se hundió en el endeble asfalto de la acera ante la mirada atónita de la policía local.

Afortunadamente y con rapidez la grúa pudo cargar la Roland a su espalda, y fue conducida a un depósito que grúas Pernales tenía para las urgencias. Me supo mal que todo acabara. No trabajamos en todo aquel día y el equipo se manifestó sólido y competente en la resolución del problema del almuerzo y la comida. Como un solo hombre.

El estropicio de la oficina no se reparó durante los años que allí estuvimos. Una marca indicaba donde no debíamos de pisar al entrar. La no existencia de prevención de riesgos laborales en aquellos años relajó el interés en arreglo del pavimento. Un arrullo de corriente de agua quedo como melodía de fondo en la oficina. El agujero de la calle duró hasta que el ayuntamiento reformo el barrio y reformó la aceras y los chaflanes. La cabina telefónica quedó inutilizada, ya que para entrar en ella y abrir su doble puerta, había que saltar el socavón. Durante mucho tiempo me entretuve viendo como los usuarios de la cabina se contorsionaban para entrar y utilizarla. Tiempo después, cuando ya no estaba allí la delegación, seguía viendo la marca en el asfalto de la acera con cierta nostalgia de aquellas personas. Un recuerdo especial al bar Garaje y a su “sepia bruta”. La mejor que nunca he probado.

En recuerdo de Daktari, gran persona, que siempre me trató con cariño y amabilidad.

Texto y fotografías: Antonio García Mengot